

Por ejemplo: sin considerar la campaña que algunas instituciones están haciendo contra el alcoholismo, la nueva ley permite que las tabernas permanezcan abiertas los domingos.

Estáramos muy conformes si esa medida obedeciese á que ese único día el obrero que no puede concurrir á un establecimiento caro se solace en la taberna, pero á cambio de que se cerraran éstas los seis restantes días de la semana, con lo que se evitaría que el obrero emplease diariamente su jornal en ingerirse alcohol en el cuerpo.

Los toreros trabajan en domingo, ciertamente, pero huelgan toda la semana, y sin embargo, la ley prohíbe las corridas domingueras, para que descansen los que no se cansan más que un día entre siete, mientras que los infelices cómicos que trabajan toda la semana y los domingos por tarde y noche, no necesitan descanso y la ley les permite que revienten.

¿Es esto justo?

ALFREDO DE LAFFITTE.

---

## EL CRISTO DEL OCÉANO

---

Aqué! año, varios de los de Saint-Valéry que habían ido á la pesca, se ahogaron en el mar. Sus cadáveres, arrastrados por las olas, aparecieron en la playa, junto con los restos de sus barcas, y durante nueve días se estuvo viendo, en el camino montuoso que conduce á la iglesia, ataúdes llevados á pulso, seguidos por viudas que lloraban, bajo su gran capa negra, como mujeres de la Biblia.

El patrón Juan Lenoel y su hijo Desiderio fueron depositados entonces en la nave mayor, debajo de la bóveda de la que habían colgado, no hacía mucho, como ofrenda d Nuestra Señora, un buque con todo su aparejo. Los dos habían sido hombres justos y temerosos

de Dios. Y el señor Guillermo Trouphême, cura de Saint-Valéry, después de darles la bendición, dijo con voz empapada en lágrimas:

—Nunca han sido puestas en tierra sagrada, para que esperen ahí el Juicio Final, personas más excelentes y más cristianas que Juan Lenoel y su hijo Desiderio.

Y, mientras las barcas y sus patrones zozobraban en la costa, grandes navíos naufragaban en alta mar, y no pasaba un día sin que el Océano trajera algún resto de ellos.

Una mañana, unos muchachos que conducían una embarcación, vieron una figura acostada en el mar. Era la de Jesucristo, de tamaño natural, tallada en madera dura y de un parecido exacto; á juzgar por su aspecto, se trataba de una obra antigua. El Buen Dios flotaba sobre las aguas con los brazos abiertos. Los muchachos lo subieron á bordo y lo llevaron á Saint Valéry. Tenía la frente ceñida por la corona de espinas; y sus piés y sus manos estaban traspasados. Pero faltaban los clavos, así como la cruz, con los brazos abiertos todavía para ofrecerse y bendecir, se representaba tal como lo habían visto José de Aritmatea y las santas mujeres en el momento de darle sepultura.

Los muchachos entregaron su hallazgo al señor cura Truphême, que les dijo:

—Esta imagen del Salvador es un trabajo antiguo, y el que la hizo ha muerto sin duda hace ya mucho tiempo. Aun cuando los comerciantes de Amiens y de París, venden hoy día por cien francos, y aun por más, estátuas admirables, hay que reconocer que los obreros de otro tiempo tenían también mérito. Pero me regocijo, cobre todo, al pensar que si Jesucristo ha venido así, con los brazos abiertos, á Saint Valéry ha sido para bendicir la parroquia tan cruelmente probada, y para hacer saber que se compadece de los pobres que van á la pesca con riesgo de sus vidas. Es el Dios que andaba sobre las aguas y que bendecía las redes de Cefas.

Y después de hacer depositar el Cristo en la iglesia, sobre el mantel del altar mayor, el señor cura Truphême se fué á encargar al carpintero Lemerre una hermosa cruz de corazón de roble.

Cuando estuvo hecha clavaron en ella al Buen Dios con clavos nuevos y lo levantaron en la nave, arriba del banco destinado á los funcionarios públicos.

Entonces fué cuando se vió que sus ojos estaban llenos de misericordia y húmedos de piedad celeste.

Uno de los mayordomos de fábrica, que presenciaba la colocación del crucifijo, creyó ver que corrían lágrimas por el divino rostro. A la mañana siguiente, cuando el señor cura entró en la iglesia con el monaguillo para decir su misa, se quedó muy sorprendido al ver la cruz vacía, arriba del banco de los funcionarios, y al Cristo acostado sobre el altar.

En cuanto hubo celebrado el santo sacrificio, hizo llarnar al carpintero y le preguntó por qué había desclavado al Cristo de su cruz. Pero el carpintero respondió que no la había tocado absolutamente; y, después de haber interrogado al bedel y á los fabriqueros, el señor Truphème se convenció de que nadie había entrado en la iglesia desde el momento en que el Buen Dios había sido colocado arriba del banco de los funcionarios.

Sintió entonces la impresión de que esas cosas eran maravillosas, y meditó sobre ellas con prudencia. El domingo siguiente habló de esto en su plática á los feligreses y los invitó á contribuir con sus donaciones á la erección de otra cruz más hermosa que la primera y más digna de sostener á Aquel que redimió al mundo.

Los pobres pescadores de Saint Valéry dieron todo el dinero que pudieron, y las viudas aportaron sus anillos. De modo que el señor Truphème pudo ir enseguida á Abeville á encargar una cruz de madera negra, muy lustrosa, coronada por un cartel con la discripción «INRI» en letias de oro. Dos meses después se colocó esta cruz en el lugar de la primera y se clavó en ella al Cristo entre la lanza y la esponja.

Pero Jesús la abandonó como la otra, y fué, desde esa misma noche á acostarse sobre el altár.

Al volverlo á encontrar allí á la mañana siguiente, el señor cura cayó de rodillas y oró por mucho tiempo. El rumor de este milagro se esparció por todos los alrededores, y las damas de amiens hicieron colectas para el Cristo de Saint Valéiy; y el señor Truphème recibió de París dinero y joyas, y la esposa del ministro de Marina, la señora Ida de Neuville, le envió un corazón de diamantes. Aprovechando todas estas riquezas, un artifice de la capital compuso en dos años una cruz de oro y piedras preciosas, que fué inaugurada con gran pompa en la iglesia de Saint Valéry el segundo domingo después de la Pascua del año 1800 y tantos. Pero Aquel que no había rechazado la cruz dolorosa, se escapó de esta cruz tan rica y fué á acostarse otra vez sobre el blanco lienzo del altar.

Por temor de ofenderlo, se le dejó allí, esta vez; y hacía más de

dos años que descansaba en ese lugar, cuando Pedro, el hijo de Pedro Caillou, fué á decir al señor cura Truphème que había encontrado en la playa la verdadera cruz de Nuestro Señor.

Pedro era un pobre idiota, y, como no tenía razón suficiente para poder ganarse la vida, se le daba el pan por caridad; era querido porque no hacía mal á nadie. Pero siempre estaba hablando cosas sin sentido, que nadie atendía.

Sin embargo, el señor Truphème, que no dejaba de meditar sobre el misterio del Cristo del Océano, se impresionó con lo que acababa de decir el pobre idiota. Se trasladó con el bedel y dos fabriqueros, al sitio donde el muchacho decía haber visto una cruz, y encontró allí dos tablas llenas de clavos, que el mar había estado llevando de un lado para otro durante mucho tiempo.

Eran los restos de un antiguo naufragio. Se distinguían todavía sobre una de esas tablas dos letras pintadas de negro, una J. y una L., y no había duda de que era un resto de la barca de Juan Lenoel, que, cinco años antes, había perecido en el mar con su hijo Desiderio.

Al ver esto, el bedel y los fabriqueros se echaron á reir del pobre idiota que tomaba las tablas rotas de una barca por la cruz de Jesucristo. Pero el señor cura Truphème interrumpió sus burlas. Había meditado mucho y había orado mucho desde la llegada, entre los pescadores, del Cristo del Océano, y el misterio de la caridad infinita empezaba á representársele. Se arrodilló sobre la arena, recitó la oración por los fieles difuntos, y ordenó después al bedel y á los fabriqueros que se echasen al hombro esas ruinas y fuesen á depositarlas en la iglesia. Y cuando esto se hubo hecho así, él mismo levantó al Cristo de encima del altar, lo colocó sobre las tablas de la barca y lo clavó en ellas con sus propias manos, y con los mismos clavos que el mar había carcomido.

Por orden de él, esta cruz ocupó, desde el siguiente día, arriba del banco de los funcionarios el lugar de la cruz de oro y piedras preciosas. El Cristo del Océano no se ha desprendido de ella nunca. Ha querido permanecer sobre esa madera donde habían muerto hombres invocando su nombre y el nombre de su madre. Y allí, entre abriendo su boca augusta y dolorosa, parece decir: «Mi cruz está hecha de todos los sufrimientos de los hombres, porque yo soy verdaderamente el Dios de los pobres y de los desventurados».

ANATOLE FRANCE.